

antiguos, que dize así: Aquí yaze el Obispo Don Pedro Diaz, à quien refucitò San Francisco.

En el lugar de Montemarano, cerca de Benevento, vna muger devotissima de San Francisco, pagò el comun tributo de la vida à la muerte; estando ya prevenido todo el Clero para darla sepultura, se levantò del feretro, y à vista de todos llamò à vno de los Sacerdotes, que avia sido su Padrino, y le dixo: Señor, no temais, llegaos à mi, porque quiero confessarme de vna culpa, que he tenido callada; por lo qual estuviere ya en eternas penas à no averme valido la intercessión de San Francisco; por la qual vía Dios conmigo esta estupenda misericordia, y para efecto solo de esta confesion me ha dado la vida. Quedaron los circunstancias atonitos, y el Sacerdote, aunque con mucho pavor, se llegó al feretro, y oyò la confesion; en la qual la penitente diò muchas señas de verdadero dolor; y aviendo recibido la absolucion con mucha quietud, y paz, se quedó muerta, como antes estaba.

Muy de otra calidad son las narraciones hechas, que es la que suele hazerse de la salvacion de Trajano por las Oraciones de San Gregorio, porque en esta se supone, que de verdad estuvo en el infierno de los condenados, y se disputa el modo de su libertad; y como se componga con esta proposicion revelada: *In inferno nulla est redemptio*. No es de mi intento aprobar la narracion de Trajano, antes la tengo por sospechosa, dandola por quimerica Alberto Magno, Belarmino, Baronio, Durando, y otros; aunque no faltan Autores, que la tengan por verdadera, à los quales cita, y sigue Zicaonio en vn libro, que trabajo de este solo punto. Digo, empero, que es muy de otra calidad la relacion de los casos aqui referidos, en los quales obrò el Señor con extraor-

dinaria providencia, que ha de ser forçosamente confessada de todos: pues para todos es cierto en los casos expresados en el Evangelio, y Sagradas Escrituras de Fe infalible, que refucitaron muertos, y llegaron al termino del vltimo juyzio, segun las leyes de comun providencia, y se restituyeron à la vida, sin aver tomado possession, ni del premio, ni del castigo.

Fuera de los muertos refucitados, de que hago mencion en el discurso de esta Historia, se hallaràn en diversas Chronicas otros diez y nueve, cuya relacion omito por molesta.

CAPITVLO XXXIX.

Venga Dios con prodigios las injurias de San Francisco.

EL Señor (que es zelador acerrimo de la honra de sus escogidos, y fieles siervos) en premio de sus virtudes les dà glorias accidentales, que resultan de la veneracion de la Iglesia, y toma muy por suya la causa para castigar las injurias, que el impio atrevimiento de algunos les haze, escarmentando à los demás con exemplares castigos. Ya dexè dicho la vengança que tomò justissima de la incredulidad, y desprecio de las llagas de San Francisco, dirè aora otras, que lloraron los que despreciaron sus glorias.

Los Religiosos del Convento de Nozeria, tuvieron necesidad de vn carro para portear no se què abastos de la Comunidad. Valieronse de vn hombre rico, llamado Pedro, de cuya piedad presumieron alcanzar humildes el socorro de su necesidad. Oyò la suplica, no solo con enfado, pero aun los despidió con desprecio, llenàdolos de oprobrios, y diziendo blasfemias de su Santo Fundador, con sacrilega insolencia. Disimularon los Religiosos con paciencia sus agravios, y bolvieronse

al

al Convento escandalizados con buena mortificacion, y mal despacho. Apenas bolvieron las espaldas, quando el hombre revenido de su colera, y hecha reflexion sobre su yerro, se sintió temeroso de que Dios castigasse su temeridad. No fuè vano su temor, porque à vn hijo, que tenia esperança vnica de su casa, y heredero de su hazienda, le diò vn repentino accidente, que en pocas horas le quitò la vida. Conociò el desventurado Padre aver sido su impiedad la causa de esta violenta desdicha, y perdía el juicio de dolor, y sentimiento. Agitado, pues, de esta calamidad, y del conocimiento de su culpa, clamaba à San Francisco bañado en lagrimas, y con lastimosas voces dezia: Yo soy, yo Santo mio, sobre quien debiera aver caydo el golpe de este açote. Yo soy el que pequé, y el que cò barbara afliccion me atrevi à injuriar vuestra santidad; pues porque ha de pagar mis errores este inocente? Pequé, pero estoy arrepentido de mi culpa, blesfemè de vuestras virtudes, pero os pido de todo corazón perdoneis mi delito, si me aveis castigado, como à blasfemo, perdonadme como arrepentido. Pues sois tan parecido à Christo mi bien, imitad sus piedades, y desarme el rigor de vuestros enojos, el conocimiento, y dolor de mis atrevidas desatenciones. Estas llagas, que os imprimió Christo, no son armas para vengar injurias, sino fuentes de misericordia, no son bocas que condenan, sino que abogan por los pecadores. Dadme à mi hijo vivo, que yo os ofrezco ser todo el tiempo de mi vida vuestro, y emplear mi autoridad, y hazienda en obsequio de vuestra Orden. A estas vltimas palabras se levantò el muchacho sano, y bueno, y atajando los extremos, y el llanto de su padre, le dixo: Señor, tu impiedad me quitò la vida, y tu dolor, y penitencia me ha buuelto à ella por los ruegos, y merecimientos de San Francisco, à

Parte I.

quien movieron tus lagrimas, y agrandaron tus promessas.

Vn Abogado diò en hazer empujamiento de su eloquencia en persuadir à todos los que podia, à averfion, y desprecio à los hijos de San Francisco, hablaba con temeridad presuntuosa de su Apostolico Instituto, culpando à sus sequaces de vagamundos, que es tema de Hereges. Castigò Dios su sacrilega ofiada, condenandole à perpetuo silencio, dexandole repentinamente mudo, y quitando el habla, à quien tan perjudicialmente viaba de su lengua. Seis años estuvo en este trabajo; pero tan obstinado en su primer yerro, que tal vez fiaba à la pluma, lo que no podia à sus labios: pero siempre sentia nuevos accidentes, y muy penosos, que le pudieran servir de avisos, à no ser tan profundo el letargo de su emulacion. Vino en fin à desperatar à fuerça de golpes repetidos, y reconocido de su error se dolia mucho de averse desbocado tan impiamente contra vn Instituto tantas vezes aprobado por la Iglesia. Tratò, infatigado del estímulo de su conciencia, de hazer vna larga confesion por escrito: y aviendo vertido muchas lagrimas de dolor de sus culpas, se valiò de la intercessión de su ofendido, solicitandole con humildad la templança de su enojo. Oyò el Santo sus ruegos, admitió sus promessas, y restituyòle el habla; para que corrigiesse, hecho pregonero de sus glorias, lo que pecò infamandole sus virtudes.

Vn Soldado de Burgo, en la Provincia de Massa, hombre de rotas costumbres, y de vida escandalosa, no solo no creia los milagros, que celebraba la fama de San Francisco, ni veneraba sus virtudes aprobadas por la Iglesia, sino que tratava con vltirage à sus Religiosos, y hazia escarnio, y burla de los que los focorrian con limosnas. No faltaron zelosos de la honra

Aaa 3 de

de Dios en su Santo, que culpando su temeridad, no intentassen disuadirle, à que no hablasse con tal desenfrenamiento de vn Santo tan grande, y que veneraba la Vniuersal Iglesia. Que Santo, ò que vafura, respondió el blasfemo, si èl es Santo me cofan à mi à puñaladas; pero bien seguro estoy de este fracaso, aviendo sido esse hombre vn hipocriton embuftero. No quiso la ira de Dios justamente irritada dilatar à esse sacrilego su merecido castigo. Aun no avia passado vna hora, quando travandose de palabras con vn sobriño suyo, hijo de su hermano, le tratò mal, diziendole palabras injuriosas, de las quales el moço ofendido, arrancando vn puñal le atravesò el coraçon, y le dexò instantaneamente muerto. O infeliz hombre, enlangrentaste los filios de tu lengua en vna virtud inocente, y calentaste con tu sangre los de vn puñal vengador de tus blasfemias! El veneno de tu lengua mordaz atosigò tu alma, y te quitò la vida, para que acabasses monstruo de la impiedad abominable à Dios, y escarmiento de los hombres.

CAPITVLO XL.

Castigo formidable de vn Obispo, emulo de San Francisco, y de su Apostolica Religion.

VNA formidable vengança tomò la Divina Justicia de los agravios hechos à los Frayles Menores, y à su Santo Fundador en vn Obispo, que ciego de embidia sollicitaba por todos los medios posibles su decrédito, y perdición. Sucedió en esta forma. Vn Obispo, cuyo nombre, y el de su Iglesia se calla, por no hazer publica la infamia de su castigo, tuvo singularíssima averfion à los Religiosos de esta Orden; y valiendose de las

*Chronica
Antig. y
Modernas.*

*Hieronim.
Plat. lib.
de bono
stat. Re-
lig. c. 33*

armas del poder apoyadas con el fagrado de su dignidad, conspirò con otros Prelados Ecclesiasticos de inferior grado, haziendo los intereses de su emulacion comunes, para defacreditar, y extinguir, si pòssible fuesse, la Religion; de cuya permanencia ciegameñte obstinado, le parecia seguirse à la Iglesia Vniuersal graves daños. Persuadia esta mania suya con la representacion de los Privilegios, y inmunidades, que gozaban de la Silla Apostolica en perjuizio de la jurisdiccion Episcopal. Pero, aunque esta era la causa principal de su encono, no facaba la cara à oponerse tan de proposito à sus inmunidades, quanto à infamar sus procederes, còdenando con nota de vagueacion, y torpe ociosidad el vivir de limosnas, haziendose asì gravosos, y nada vtilès à la Republica Christiana. El pretèxto era zelo, la verdad era embidia, el poder mucho, la parte flaca; autorizada la acusacion, desvalida la inocencia, el fiscal apasionado, el acusado sufrido, armas todas, con que la malicia negocia sus triunfos, cubriendo sus paredes con los despojos de la virtud. Fuè la tribulacion, que padecià los pobres Frayles gravíssima, teniendo contra si tan declarada la dignidad venerable, y poderosa de vn Obispo, en quien las preeminencias del estado suponen lo docto, lo justo, y lo zeloso. Creció à mayor este trabajo de la Orden, porque en este tiempo se celebraba Concilio, à que estava llamado por su dignidad, y por su sciencia el Obispo. Vna pafsion obstinada es industriosa, y no le pareció, que era para perderse ocasion tan oportuna, como la que ofrecia este Concilio para lograr sus intentos, y proponer en èl los daños, que de la permanencia de esta Religion tenia imaginados, dorando los yerros de su malevolencia con la fàlsa alquimia de su erudicion, y con razones aparentes, y torcidas à sus de-

fig-

signios, fiando tambien mucho de los artificios de su eloquencia. Era tan abierta la guerra que hazia à los Frayles, que no pudieron ignorar estas diligencias, y temerosos de que infamasse su fagrado Instituto, no teniendo mas armas para la defenfa, que las de su tolerancia; recurrieron al Tribunal de Dios para que apadrinasse su causa, y librasse su inocencia de vn hombre, que con infame ingratitud jugaba las armas del poder tan fagrado, para hazer injurias, aviendose las dado el Señor, para obrar beneficios. Hizieronse à este fin especiales Oraciones, y rogativas al Serafico Patriarca, para que alcanzasse del Señor trocasse el coraçon de aquel Prelado, y no padeciesse por su terquedad su Religion defcreditos. Eran estos muy para temidos, siendo la contradiccion, y la calumnia tan autorizada con el instrumento de vna dignidad tan venerable, que ayudado de la sabiduria, y eloquencia, podia cegar los ojos de la cordura mas avifada, para que dexasse de ver formando el juicio por lo que oye.

Saliò en fin de su Obispado, para hallarse en el Concilio, y aviendo dispuesto las cosas lo mejor que pudo à sus intentos. La noche antes, que avia de hazer la propuesta, sucedió este caso estupendo. En vna de las Iglesias de aquella Ciudad, avia dos imagenes, vna de San Pablo Apostol, y otra de San Francisco, juntas ambas, y estampadas en vnas vidrieras, que cubrian vna de las principales ventanas, ò claraboyas de la Iglesia. El Sacristan, ò por acaso, ò por costumbre, aquella noche entrò à deshora à cebar las lamparas, y estando solo oyò como hablar à dos personas. Diòle miedo, pensando fuesen algunos, que maliciosamente estuviesen escondidos para robar el Templo, y reparandose del susto, quiso cautamente informarse mas de cierto. Aplicò el oido à la parte, que sonaban

las voces, y reparò, que se oian, no en la parte baxa, sino en la superior àzia la claraboya, donde estaban en el vidrio estampadas las dos imagenes dichas, cada qual con su insignia. Reparò mas, y viò, que las voces salian de las dos imagenes, y que la de San Pablo dezia: Què es esto Francisco, como no cuydas de tu Religion; sabiendo que el Obispo de tal parte sollicita su ruina, y defcredito en este Concilio? Y à lo veo, respondia San Francisco, pero no tengo mas armas para defender su inocencia, que esta Cruz, y estas llagas, que dexè à mis hijos para avisos de paciencia, y no valen para la vengança. Santa es la paciencia, y la humildad, replicò San Pablo, pero no quierè Dios, que abulando de ellas triunfe insolente la malicia con deshonora de la virtud; por tanto toma esta espada mia, y dame tu Cruz, y castigue el rigor de la justicia, lo que no ha podido corregir el tendimiento de la paciencia. Dichas estas palabras, viò, que las dos imagenes trocaban las insignias, y que San Francisco se quedaba con el Montante, y San Pablo con la Cruz.

El Sacristan estava absorto, y tenia embargado de la admiracion el discurso, y huviera defmayado del assombro à no darle esfuerços el Señor, que le queria por testigo de esta exèplar maravilla. Fuesse à recoger confuso, y despavorido, y por la mañana buscando persona de satisfacion con quien desahogar su pecho, refiriendo su estraña vision, oyò, que se hablaba en la Ciudad de la escandalosa tragedia, que avia sucedido aquella noche, aviendose hallado el Obispo de tal parte degollado en su cama. Las justicias hazian la pesquisa con el aprieto; que pedia caso tan lastimoso, y desastrado, y no podian descubrir indicios algunos. El Sacristan escuchaba, y preguntaba, si se sabia de cierto, qual fuesse el Obispo degollado, y todos dezian ser à quel, de quien

quien la noche antecedente avia oido hablar à los Santos. Con todo no se atrevia à descubrir lo que le avia pasado, hasta volver à su Iglesia, y mirar con más atención las imagenes de la vidriera. Reparòlas con todo cuydado, y viò, que San Pablo tenia la Cruz, y San Francisco la espada manchada en Sangre. Bien enterado yà de que aquello avia sido especial providencia de Dios, para que se supiesse este exemplar castigo, se fuè à los Magistrados, y les contó muy por menor las circunstancias del suceso, dando para seguridad de que no huviesse sido ilusion la señal, que verian todos en las vidrieras. Vieron todos el trueque de las insignias, la espada teñida en sangre en manos de San Francisco, y la Cruz en las de San Pablo. Con esta noticia se procedió à mas exacta averiguacion, y registrando los papeles de el difunto, hallaron muchos sangrientos contra el honor de la Religion de San Francisco, que tenia prevenidos el difunto para lograr los tiros de su malevolencia, y en ellos hallaron encartados à otros sujetos conspirados para el efecto de hazer mas fuerte la acusacion. De todo esto, y de no aver descubierto indicio alguno, ni leve de su defestrada muerte, se hizo juyzio cierto aver sido castigo del Cielo por su impiedad obstinada contra vna Religion tan santa, y inocente.

Formidable castigo merecido de la ceguedad embidiosa, y perversa malicia de vna emulacion, que infama con calumnias vna Religion santa; porque dado caso, que alguno oprimido del peso de sus pasiones se ladeasse à la vanda del vicio, no por esto debe ser vltrajada vna Religion, en que siempre ay tantos, que còtrapesen su malicia con ventaja de buenos exemplos. Debieran estàr muy estampadas en el coraçon, y en la memoria de todos las palabras que el Glorioso San Augus-

tin dixo à este proposito en la Epistola 137. que traducidas à nuestro vulgar, son estas. Duelenos ver, que algunos rendidos à la pesada carga de sus apetitos desconocen el imperio de la razon; pero nos consuela mucho, que si la penson de vna naturaleza corrupta se paga en algunos defectos; la virtud heroica de muchos, lo desquita en lustrosas perfecciones. No ay salud tan robusta, que no padezca algun achaque, y la que no le padece, le teme. No por los alcos de la tina abomineis de los lagares en que se labra el azeite, licor precioso, que fomenta las luzes, cuyo resplandor còfundes las sombras, ilumina, y alegra los Templos, &c. En fin, pocas vezes, ò ninguna la persecucion de los justos, dexò de ser fatal al perseguidor; porque aunque Dios la permite à tiempos para coronar la paciencia del perseguido, tambien la castiga para aviso en los contrarios, faciendo de vn mal permitido, con sabia providencia, dos bienes grandes, que son merito para los buenos, y escarmiento para los malos.

CAPITULO XLI.

Otros milagros de varias suertes:

EN el Castillo de Galiano, vna pobre muger de buena vida, y muy devota del Glorioso San Francisco, salì en los rigores del Estio al campo, obligada de la necesidad, à socorrerse de su industria para su sustento. El cansancio de su trabajo, y los ardores de el Sol, ocasionaron tan ardiente sed, que sentia perder el aliento, y la vida sin remedio, porque estaba muy lexos de poblado, y en vn campo muy seco. Rendida à la violencia de tanto mal, recurriò à las piedades de su Santo devoto, pidiendo con fervorosa confianza la sacasse de tan fatal peligro, y no la permitiesse morir sin

Sa.

Sacramentos en aquella soledad. Estàdo así en el suelo rendida à su congoja, se quedò dormida, y se le apareció su piadoso Patron, y llamandola por su nombre, la dixo: Hija, levántate, y bebe agua, que el Señor à intercesion mia ha proveido en este sitio para alivio de tu necesidad, y bien de muchos. Despertò la muger muy consolada, y aunque no viò novedad alguna en la fequedad del campo, con fee viva tuvo por cierto, que la vision no avia sido fantasia del sueño, sino verdadero aviso. Con esta fe echò mano à vn pedernal, que tenia junto à sí clavado, y escondido en la mayor parte, y valiendose de sus fuerzas, y industria le arracò, y con la podadera escabando en el vacio, que dexò el pedernal, descubriò vna vena de agua viva dulcissima, de que faciò su ardiente sed; y cabando despues poco mas, dexò descubierta vna fuente muy abundante, en cuyas cristallinas agnas se labò los ojos, que de tiempo antes tenia muy enfermos, y debiles de vista, por fuerza de los còtinuos corrimientos, y quedò sana de su penoso achaque. Diò buelta à su poblacion, publicando las misericordias divinas obradas por la intercesion de su Santo. Acudieron los moradores al sitio à tocar con la experiencia esta maravilla, y hallaron ser verdad, y en la fuente vn mineral fecundo de remedios de diversas enfermedades. Persevera oy dia, cuya virtud la ha hecho famosa con el nombre de la Fuente de el Milagro: y à su margen està fundada vna devota, y curiosa Hermita con la Advocacion del Santo.

En el Obispado Sabinense hubo vna pobre muger tan anciana, que tocaba yà la raya de ochenta años, à esta se le murió vna nieta, que la dexò vn hijo de pocos meses, à quien daba el pecho. La triste vieja, sobre la pérdida de la nieta, quedò con la carga del niño, à quien por su extrema necesidad,

y pobreza, no podia buscar ama, que le criasse. Perecía el inocente niño falta de sustento, y la afligida muger, temièdo vna noche, que se le moria sin remedio, invocò de coraçon al Serafico Patriarca, de cuya compassion, y amor à la inocente edad de los niños, avia oido exemplares extremos. Esta con este desconuelo despierta, se le apareció el Santo, y la dixo: Obligado de tu fe, y de tus justas lagrimas vengo à darte remedio para esta inocente criatura. Ponle las manos en la boca, y tocate con ellas los pechos, y se fecundarán con abundancia de leche, para que puedas alimentarla. Hizolo así, y viò que de repente se le abultaban los pechos, que estaban languidos de la mucha edad. Aplicò al niño para que mamasse, y le sacò del vltimo peligro en que le tenia la hambre. Publicose el suceso, y concurrían todos à ver tal maravilla, notando en la buena vieja, que la piel en manos, y rostro estaba encogida, y fea con las rugas de los muchos años; pero los pechos quedaron blancos, llenos, abultados, y tan hermosos, como estuvieran en su edad mas florida, y robusta. Tuvo este espectáculo tanto de admirable, como de gustoso, viendose rejuvenecer la ancianidad para fcorro de la niñez, y mamando vn niño à los pechos de su visabueta.

En el Valle de Espoleto, dos casados nobles tuvieron vn hijo tan monstruoso, que no le miraban tanto como fruto, quanto como oprobrio de su fecundidad. Tenia los braços pegados al cuello, las rodillas no còtinguas, sino pegadas la vna con la otra; las piernas bueltas, y torcidas en tal forma, que los talones venian à estàr pegados en las espaldas. El desconuelo de los padres por esta monstruosidad era mucho: pero mayor el de la Madre que tenia por afrenta propria el descuydo de la naturaleza, ò la indisposicion de la materia para perfeccionar su Obra.

Oia

Oia los muchos milagros de S. Francisco, de quien era devota, y estaba como que xosa de verle fardo à sus suplicas inexorables, à sus lagrimas. En esta melancolica imaginacion estaba vna noche, quando en sueños se le apareció el Santo con rostro alegre, y dulces palabras, diciendo, que llevase à su hijo à vn Convento suyo, que estaba cerca, y le labasse, y bañasse con el agua del pozo, que allí avia, y quedaria sano. Despertò la muger, pero tuvo por ilusiones del sueño la vision, y sin hazer caso del aviso, se quedó en su desconfuelo; pero pidiendo siempre con fee viva al Santo. La noche siguiente le sucedió lo mesmo, pero hizo tan poco caso de este segundo sueño, como avia hecho del primero; con tanta tenacidad, aprehendia su desventura, que obstinada cerraba la puerta à la fee de su remedio, y haciendo guerra à sus deseos enflaquecia sus esperanças. Tercera vez se le aparece el Santo, no ya dormida, sino despierta, y reprehendiendola con severidad su poca fe, la manda, que por la mañana haga la diligencia del baño, que èl la asistiria, y tendria buen efecto la curacion. Corrida la muger de su desconfiança, se fuè con el niño al Convento, en el qual hallò vnas mugeres principales, que estaban de vela, y refiriendolas todo el suceso, las pidió recabassen con los Religiosos, sacassen de su pozo agua en baxija acomodada para bañar à aquel niño, porque ella no se atrevia à pedir embarazada de su encogimiento. Sacòse el agua, y vna de las mugeres ayudò à la madre para dár el baño, y como iba tocando en el niño el agua, libà perdiendo la monstruosidad sus deformes miembros, hasta ponerse en forma perfecta, y quedar el niño enteramente sano, y hermoso, con admiracion de todos los que se hallaron presentes.

En el Convento de Segusia, vn Novicio, natural de Riparolio, llamado

Fr. Ubertino, de vn espanto, que tuvo vna noche (yà fuesse ocasionado de su misma imaginacion, ya de industria de el demonio, para que dexasse el Habito) quedó del todo fardo, y se valdò de el lado derecho de perlesia. Hizo mucha lastima à la Comunidad fu infortunio; porque era joven de buenas esperanças, y fantos costumbres. Tuvieronle en la enfermeria, pero defauciado de remedio; porque aunque en el juyzio solia tener algunos lucidos intervalos el mal de la perlesia, se agravo de suerte, que en todo aquel lado ni tenia sentido, ni movimiento. Llegòse el dia de S. Francisco, y estando los Religiosos cantando Maytines, tuvo el enfermo intervalo en el juyzio, y pudo rogar à su Santo Padre se doliesse de sus miserias, y no permitiesse se malograsen los buenos deseos que tenia de ser verdadero hijo suyo, pues sabia, que su devocion le avia traído à su casa despreciando las conveniencias del siglo. Oyò el Santo los ruegos del Novicio, y apareciósele bañado en resplandores, consolòle con amorosas palabras; tocòle con sus llagadas manos todo el lado valdado, restituyendole à su libre movimiento, y en el ombro derecho le dexò impressa la señal del T. Tau, en testimonio de que à su contacto debia su milagrosa sanidad. Tocòle con ambas manos la cabeça, y restituyòle à su perfecto juyzio: despues le alçaò los habitos, y la cuerda, para que se vistiesse, y le mandò, que se fuesse al Coro, y refiriesse à sus Frayles toda la serie del suceso. Asistióle, hasta que vestido saltò de la cama, y arrojandose à los pies de su bienhechor para besarlos, se desapareció. Entrò en el Coro, y miravale los Frayles como à flusio, hasta que oyendole hablar le registraron el ombro, y vieron impresso el Tau à que dieron entera fee, sabiendo ser esta la letra, que en todas sus cartas le servia de rubrica, y firma.

Vn hombre, natural de Chora de Osta, tenia para perder vna pierna de vna apoplema pestilente, porque encogidas las cuerdas, y lastimados los nervios, le avian dexado inhabil para todo exercicio, aun quando de la medicina esperasse algun remedio. Era muy pobre, y con obligaciones de familia, y à esta cuenta era grande su desconfuelo, viendo que à buen librar quedaba impossibilitado para el trabajo, à que estaba vinculado su sustento. Con esta congoja invocò al Glorioso Santo, à quien avia conocido, y servido en vida. Haziale cargo de sus servicios, diciendo: Santo mio, en que ha desmerecido tus piedades este triste hombre, que te amo tanto, y te sirvió en todo lo que pudo: Yo te prestaba mi juméttillo, para que hiziesse, quando estabas enfermo, tus viages, y te acompañe compadecido de tus males, y aora desatiendes los míos, viendome perecer de dolores, y necesidad? Quantas vezes besè tus manos llevado de mi fee, y devocion? Pues como siendo con los que te han servido menos, tan liberal, y piadoso, estás conmigo tan esquivo? No puedo pensar de ti, que me olvides desagradecido, confessando que eres tu Santo. Interrumpió sus quejas el Santo, apareciendosele con vn compañero en aquella forma misma, que le avia visto vivo, y dixole: No he olvidado tus beneficios; pero no he venido antes à remediar tus males, porque te ha importado mucho la paciencia para el merito, y para el defengano. Pero ya te traygo remedio, y tocòle con vn baculo, ò mulera, cuya extremidad formaba el Tau la pierna lefa, y al punto quedó enteramente sana, pero impressa en ella la señal de Tau, para testimonio del milagro.

Estando vn Labrador muy devoto del Santo, arando con sus bueyes, al vno de ellos se le quebrò vna pierna, cayendo de vn otero. Aflijòse el due-

ño, y viendo, que no podia quedar de provecho para la labor, tratò de matarle para aprovechar la carne. No tenia instrumento para degollarle, ni forma para conducirle à su casa, y fuè preciso dexarle en el campo lexos de su poblacion, y en vn sitio muy infestado de lobos, y resolvidòse, alentado de su fe, à encomendarle à San Francisco. Saliòle cierta su confiança, porq quando bolviò hallò à su buey sano de la pierna, y pacièdo. Diò las gracias à su fiel guarda, y ratificòse en su devocion.

Aun en cosas menudisimas, y de poca monta, obrò el Señor milagrosos efectos por la intercesion de su siervo à favor de sus devotos. Restituyòle à vno vn jumentillo, que le avian hurtaado, dexado assombrados, y corregidos à los ladrones. A vna muger, à quiè se le cayò vn plato de barro de las manos, y se hizo pedazos, cogiendolos cò invocacion del Santo, se reunieron, y solidaron, y quedó el plato entero, y sano, como antes estaba. A vn Labrador se le avia fecado vn cerezo, en cuyos frutos tenia añançados sus intereses; y encomendandosele al Santo, le hallò de repente verde, y florido. De este genero de Milagros ay tanto numero, que es más facil reducir su relacion à las experiencias de cada dia, que à la pluma.

CAPITVLO XLII.

Libra San Francisco à algunos devotos suyos de rigurosas prisiones, con estupendos milagros.

EN la Romania sucedió, que en la casa de vn Cavallero faltasen vnas alhajas de mucho precio, y achacòse el hurto à vn criado suyo, que estaba inocente. Pusieronle cò prisiones con aquel rigor, que suele prac-

practicarle en tales delitos, con circunſtancia de infidelidad. La ſeñora de la caſa, por las experiencias que tenia de la fidelidad de el criado, eſtaba de parte de ſu inocencia, y perſuadia à ſu marido, à que no podia ſer el criado el agraſſor de aquel hurto, y que procuraiſe hazer otras diligencias, para que parecieſſe el culpado, y no perecieſſe el inocente. Hizofe ſordo à eſta ſuplica, y agravado las priſiones, porq̃ el aprieto le obligaiſe à deſcubrir el hurto; pueſto que los indicios no eran baſtantes para darle tormento. Su ama compadecida de ſus trabajos, y firme en la buena fe, que tenia de ſu bondad, pidió al Glorioſo San Francisco, de quié era cordialmente devota, alcançaſſe de el Señor, ſe deſcubrieſſe la verdad, y no padecieſſe la inocencia de aquel pobre criado. Oyò el Santo ſus ruegos, y apareció al preſo en el calabozo, diciendo, como por las Oraciones de ſu Ama, avia venido à librarle de aquel aprieto. El hombre, ò aſſombrado, ò como ſe viò deſpues por los efectos, falto de fe, dificultò ſu libertad, pero ſaliò de ſus dudas, viendo rotas las priſiones, y francas las puertas de la carcel. Transportòle el Santo à vna montaña, y dexòle en ella ſolo, para que à ſu libertad tomaiſſe ſu avio. Era la montaña muy aſpera, y fragoſa, y avia vn profundo deſpenadero, del qual, aun aviendo hecho muchos rodeos, no podia verſe libre, porque por todas partes era ſu peligro cierto. Conſulo con eſte, y el primer ſuceſſo, no ſabia que hazerſe, porque hallandòſe libre de las priſiones, ſe veia en otro rieſgo no menos fatal, que el primero. En eſta conſuſion ſe bolviò à aparecer el Santo, dandole por caſtigo de ſu poca fee en el primer lance, el ſuſto de el ſegundo. Tomòle por la mano, y le baxò de la montaña al llano, enſeñandole el camino para que bolvieſſe à ſu caſa, y dixeiſe à ſu Ama, como S. Francisco avia

hecho por ſus ruegos eſta miſericordia. Aſi lo hizo, y eſtando reſfriendo el ſuceſſo, entrò ſu Amo muy contento, de que avia parecido el hurto, y el agraſſor, y ſabia eſtår inculpado ſu ſerviente. Paſinò quãdo le viò libre de las priſiones; enteròſe de la maravilla, pidióle perdon de ſu temerario juyzio, diò gracias à Dios, y à ſu ſiervo San Francisco, y en reverencia ſuya remunerò al criado, y perdonò al ladrón.

Vn pobre hombre debia à vn Soldado vna corta cantidad de dinero, y el acreedor ſe la llegò à pedir con rigor demaſiado. No ſe hallaba el deudor con poſſibilidad de pagar de pronto, y pidióle con rendimiento le dieſſe eſpera, que prometia hazer toda diligencia para hazerle pago, con brevedad. Era el Soldado de recia condició, y no ſe obligò de eſta ſuplica, antes irritado le tratò mal de palabra, apretandole para la paga. Replicò el deudor, que no podia darſela tan de pronto, que le pedia en reverencia de San Francisco, le dieſſe la eſpera, que ſuplicaba, que ofrecia ſer puntual en darle, quanto antes, entera ſatiſfacción. El Soldado mas obſtinado, y colerico, le dixo: Ahora de preſente ſe me ha de hazer pago, ò te pondrè donde ni S. Francisco te libre de mis manos, y de hecho le puſo en vn obſcuro calabozo, y le cargò de priſiones. No permitió Dios, que la incoſiderada impiedad deſte hombre eſtrechaſſe los poderes de San Francisco ſu ſiervo, y apareciendòſe al preſo le contolò, y rompiò las cadenas en que eſtaba aprisionado, abrió las puertas de la carcel, y le dexò ſalir libre. Las circunſtancias de ſu libertad en el deſtrozo de la cadena, y la franqueza de las puertas de la carcel, dexò conſulo, y aſſombrado al Soldado, yno pudiendo negar ya de maravilla tan evidente, lo que errò de temerario corrigiò arrepentido; y en reverencia del Santo, à cuyo nombre avia eſtado

me-

menos atento, perdonò la deuda, y quedò muy devoto. *En un tiempo* Alberto de Arezio eſtaba en gravíſimas priſiones, porque ſe le imputaba vn hurto de gueſta cantidad, de que eſtaba inocente. Apellò de vn trãbajo, en que tenia aventurada la honra, y la vida; al Tribunal piadoſo de San Francisco, à quien amaba muy de coraçõ. El dueño à quien ſe avia hecho el hurto, eſtaba tan terco en penſar, que eſte fueſſe el agraſſor, que de ninguna manera queria eſcuchar ſus razones; y el triſte hombre con la fee grande, que tenia en ſu Santo, y la ſeguridad de ſu conciencia, dixo: Yà que no quiero creer la verdad de mi boca, pongò à San Francisco por teſtigo de mi inocencia. Bien eſtã, dixo el acreedor, pero en el interin yo te tendrè en eſtas priſiones tan bien guardado, que ni San Francisco te ſacará de ellas, que no es amparador de ladrones. Aſi eſtuvo preſo hafta la viſpera del dia del Santo, en la qual por devocion que tenia, ayunò, y diò la mayor parte de ſu comida à vn pobre. A quella noche eſtando deſpierto, ſe le apareció ſu devoto veſtido de reſplandores, y dandole gracias de ſu firme fee, rompiò las priſiones, franqueò las puertas en teſtimonio de ſu inocencia. Mandòle, que ſe fueſſe à ſu caſa ſeguro, que yà el acreedor eſtaba noticioſo con certeza, de quan injuſtamente le avia tratado, y arrepentido tanto de la temeridad de ſu juyzio, como de la injurioſa impiedad con que avia hablado de ſu proteccion. *En un tiempo* En tiempo que gobernaba la Silla Apoſtolica Gregorio Nonò, vn hombre natural de Aſiſis delinquiò en crimen de hereſia. Hizofe acufaſion delante del Pontifice, el qual ſe entregò de ſu caſtigò, dandole conocimiento de la cauſa al Obiſpo Tiburtino. Eſtuvo el hombre contumaz en los principios, con que provoçò contra ſi

Parte I.

el rigor de la juſticia. Aprisionòle el Obiſpo en vna horrible carcel, cargado de cadenas, y dabale la comida, y bebida con taſta, y medida muy eſcaſa. Aunque por la hereſia avia perdido la fee inſula, y ſobrenatural, todavia le avia quedado la natural en orden à algunos articulos, y entre eſtos al de la gloria de los Santos. Era ſingularmente devoto del Seráfico Patriarca, y cerca del dia de ſu feſta, le pidió con aſiſias, y de coraçõ, ſe dolieſſe de ſus miſerias. Valiòle la invocacion, para que ilustrado ſu entendimiento con las luzes de la fee, reconocieſſe ſus errores, y los abjuſraſſe. Perſuadiòſe, à que debiendo à la interceſſion de ſu Patron, y devoto la mayor ventura, ſaliendo de la ceguedad en que vivia, le avia de deber tambien lo menos, que era ſu libertad, ſaliendo de las opreſiones que padecia en tan dura carcel. Con eſta confianza pidió à Dios con verdadero arrepentimiento perdon de ſu paſſada infidelidad, y puſo por mediavero en ſu pretenſion à ſu Santo ſiervo, para que por ſus merecimientos le perdonaiſſe ſus culpas, y le ſacaſſe de tan funeſtas calamidades. Aunque avia hecho publica deſteſtacion de ſus errores, con todo eſſo el Obiſpo no templaba el rigor de ſu caſtigò, ò porque tenia ſu converſion por ſuſpechoſa, ò porque le parecia no eſtår baſtantemente purgada ſu enorme culpa. Confirmavale el preſo mas, y mas en la Fè Catolica, y en la confianza que tenia de las piedadès de San Francisco, y no dexaba de repetir ſuplicas, hafta que llegando la viſpera de ſu feſta reſprentò con mas aprieto, y eficacia ſus trabajos. Apareciòſe el Santo, deſterrando con luzes celeſtiales las ſombras de el calabozo, llamòle por ſu nombre, y dixole, que ſe levantaſſe, y en eſte punto reconociò que ſe le caian las priſiones, y que ſe abrieron las puertas de la carcel, dan-

Bbb

do-

dole sin embaraço franca la salida, y libertad. Fue, enpero, tanto su temor, y admiracion, que sin atreverse à salir, se puso à la puerta, dando voces à las guardas, para que viesse aquella maravilla. Acudieron presto, y registraron las prisiones rotas, con tales circunstancias, que no pudieron dudar, ser aquel efecto de causa sobrenatural, y divina. Dióse cuenta al Obispo, y este, hecho diligente examen de el suceso, se la dió al Pontífice, remitiendole las destrozadas cadenas. Fue singular el gozo, que tuvo el Supremo Pastor de ver reducida à su rebaño aquella perdida oveja, y gracias à su Santo Amigo, que con tal piedad, y desvelo cuidaba de el aumento de la Iglesia, y bien de las almas, y en obsequio suyo absolvió de todos sus delitos, y de las penas merecidas al delinquent, que supo tambien valerse de su sagrado.

Guidoloto, vezino de San Germaniano, le achacaron, que avia quitado la vida con veneno à vn hombre de su mismo lugar, y intentado esta misma atrocidad con sus hijos, y familia. La justicia echò mano de el, y le puso en prisiones tan rigurosas, como pedia tan enorme delito. Los indicios debian de ser vehementes, aunque su inocencia era certissima; y determinaron ponerle à question de tormento. Viendose el triste en tal conflicto, con la confianza que le daba la saguridad de su conciencia, y apelo de el Tribunal de la tierra, al de el Cielo, haciendo Abogado de su causa à San Francisco, à quien amaba de coraçon. Vallòle la firmeza de su fee, y la mañana que se le avia de dar el tormento, se le apareció, y le consolò mucho, dandole seguridades, de que no sentiria dolor alguno en el tormento, y quedaria purgada su inocencia, para cuya mayor notoriedad convenia que passasse por el, pues así era

sus maravillosas circunstancias se veia claramente la malignidad de sus acusadores: dióle la bendicion, y dexòle fortalecido para el conflicto. Puesto en el pótro, el Ministro de justicia usò de todas las industrias de la crueldad, para hazer mas horrible el tormento; pero el paciente estaba con tan sereno semblante, y disimulo, que ni sabe, ni puede hazerle el dolor. Rezelaron los Juezes, si estaba prevenido con alguna bebida, que entorpeciese lo sensible; pero se defengañavan viendo, que los cordeles no hazian en la carne efecto alguno, ni señal leve, à que no podia alcanzar la fuerza de la bebida. Reperian no obstante las bueltas, ingeniando medios de hazerlas mas cruels, pero faltavan los instrumentos, hasta chafquear los cañamos, sin que en el hombre se notasse leve señal de dolor, ni en sus carnes señal alguna de los cordeles. No se dió por satisfecha la ira del Juez, que yà passaba de ser zelo, y mandò encender lumbré, y que sobre ella casi contiguo, colgado de los pies, estuviessse pendiente la cabeça abaxo; pero ni el humo embargaba su aliento, ni el fuego le quemò vn cabello. Aun passò à mas la terquedad, que fuè à verter azeyte hirviendo sobre sus carnes; pero todo parò en horror para la vista, y en ser ocioso para el efecto de lastimar al inocente, defendido de la poderosa mano de Dios, por medio de su Santo. Ultimamente, el hombre dixo al Juez: No te canfes, ni canfes à este Ministro, porque San Francisco, à quien hize Abogado de mi causa defendiendome mi inocencia, y antes saltaràn à la crueldad, ingeniera de maquinas, medios para atormentarme, que falte la virtud del que me assiste. Salvo, y sin lesion alguna, he salido como ves, de tus exquisitos tormentos, que hazen evidencia, de que no estoy culpado; no quieras, pues, con obstinacion, y zelo

CAPITULO XLIII.

Libra el Santo à muchas mugeres de los peligros del parto con muchos efectos.

indiscreto de justicia humana, que tiene tantas falencias, irritar contra ti la divina, que sabe castigar obstinaciones, y defender verdades. Dióse por convencido el Juez de su inocencia, y dióle libertad.

En la Ciudad de Assis, por la calumnia de vn hurto, el Juez, que se llamava Octaviano, condenò à vn hombre à la atrocissima pena de sacarle los ojos. Executòse con toda crueldad, cortandole con cuchillo los nervios oblicos, y arrojando los ojos en el suelo. Con esta sangrienta deformidad recurrió à las aras de San Francisco, buscando asylo en su tribulacion. Alegaba el desventurado hombre la inocencia suya, mancillada con la confesion que hizo por miedo de los tormentos, y aora atormentada con la pérdida de sus ojos, y dolores intolerables, velò tres dias en el Sepulcro del Santo, y cobró los ojos, menores que los primeros, pero mas claros, mas viyos, y perpicazes. Fue grande la admiracion de esta estupenda maravilla, examinòla juridicamente el Obispo Tyburtino, y el Abad de San Clemente, tomando la declaracion al verdugo mismo, que le sacò los ojos. Este mismo examen hizo Fray Geronimo de Esculano, Ministro General de la Orden Serafica, tomando la declaracion à Fr. Guillermo Romano, que assistió al paciente en la execucion de su castigo. Este jurò en toda forma, como avia conocido al hombre antes de su desgracia con sus ojos, que se los viò sacar, y cortar los nervios oblicos, y que con curiosidad los avia tocado caidos en el suelo, y que despues le viò con ojos, aunque menores, buenos, y mas hermosos, y que sabia muy de cierto, de conocimiento antiguo, saber ser aquel mismo el hombre à quien assistió al tiempo de el suplicio.

LAS apreturas de el parto, en cuyos acervissimos dolores tantas mugeres han peligrado, y pericido, sacrificando las vidas à beneficio de la naturaleza, hallaron en nuestro Santo mucha conmisericacion, y frequentes socorros en lances bien desesperados. Vna Condesa de Esclovanonia, devota mucho de la Religion de los Menores, y de su Santo Fundador, se viò en vn parto tan apretada, que temieron todos perdiessse en el puesto la vida, porque apurada de remedios la medicina, se sintió postrada, y sin fuerzas, con la vehemencia de los dolores. Perdida ya la esperanza por humanos medios, recurrió à los divinos, invocando, aunque con voz turbada, à su fiel devoto San Francisco, ofreciendole con veras de coraçon, lo que yà no podia con la boca, porque la faltaba el aliento. Ofreció, pues, dedicar à su culto vna costosa Capilla, si la facaba libre de su peligrado. Acudiò el Santo con maravillosa celeridad à su asigida confidente, porque el fin de su suplica, y oferta, fuè el termino de su dolor. Sintióse de repente cobrada de fuerzas, templados los dolores, y casi sin memoria de su riesgo, diò à luz con felicidad vn hermoso niño: y quedò tan sana, y tan robusta, como sino huviera pasado tan funestos dolores. Cumplió puntual su promessa, y levantò à honor de su bienhechor vn sumptuoso Templo, en memoria de tanto beneficio.

En la Romania, vna muger llamada Beatriz, de las apreturas del parto se

se le murió en el vientre la criatura, y estuvo quatro dias hecha sepulcro vivo de su feto muerto. No bastaron humanas diligencias, para que se echasse, y se determinò por ultimo, el inhumano remedio de abrirla con instrumentos, para sacarla à pedazos la criatura, siendo tan fatal el remedio, como su peligro. La pobre muger, que de todas suertes se hallaba en los vmbrales de la muerte, antes que le executasse tan cruel martyrio, pidió le buscasen alguna Reliquia de San Francisco, en cuya intercessión poderosa libraba sus esperanças. Buscóse vn pedazo de su cordón, y à su contacto de repente, y sin dolores arrojò la criatura muerta, y corrompida, y quedó enteramente sana.

Otra muger principal, natural de Narnia, vivia con mucho desconsuelo, porque aviendo tenido algunos partos, y todos peligrosos, se le malograban los hijos. Estaba en cinta de quatro meses, y empezó à melancolizarse con extremo, no tanto de el peligro de el parto, quanto de el desgraciado malogro de los demás hijos, arrebatados con temprana muerte, y lloraba ser ella mas desgraciada por fecunda, que otras por estériles. Con esta mania crecia su aflicción, hasta que noticiosa de los milagros de San Francisco, en esta materia muy frequentes, se encomendò à su patrocinio con fee, ofreciendo esmerarse, si alcanzaba el buen suceso que pedía en obsequio de su Orden. Aquella noche viò en sueños à vna muger, que traía en los brazos vn bellissimo Niño, y se le daba con singular agrado. Ella se resistía à tomarle medrosa de que se le muriese en los brazos, y la muger la alentaba, diciendo: No temas, tomale sin rezelo, que te le presenta San Francisco, y corre por su cuenta la seguridad de su vida. Despertò gozosisima, y libre de sus

melancolicas imaginaciones: reformóse en su buena fe, y repitiendo sus promessas, diò à su tiempo à luz vn hermoso niño, que criò con mucho cuidado, y singular estimacion, como prenda, y dadiua de su Santo Protector. Este fue el logro de su fecundidad, y consuelo de su vejez.

A otra Matrona muy devota suya, que paría siempre hembras, y deseaba mucho vn varon para mayorazgo de su casa, luego que se fiò à su protección, le nacieron de vn parto dos mellizos, en que viò duplicado el cumplimiento de sus deseos.

Otra muger de Arezio padeciò siete dias continuos los dolores de parto, sin efecto: y con evidente peligro, perdidas del todo las esperanças de remedio. Recurrió en su ultimo conflicto à las piadosas aras de San Francisco, el qual se le apareció en sueños, y la preguntò, si le conocía. Sí, Santo mio, respondió ansiosa, bien te conozco por las señales maravillosas de tus llagas. Pues reza vna Salve à MARIA Santissima mi Señora, cuyo auxilio has implorado tantas vezes en tu aprieto, y quiere usar contigo de su misericordia, y que yo sea el Embaxador de esta buena nueva. Despertò la muger, y llena de fe se esforzó à rezar la Salve, y al llegar à aquellas palabras, Muestranos à Jesus fructo bendito de tu vientre, se viò libre de sus dolores, y recobrada de fuerças, diò à luz con felicidad vn niño. Refirió el milagro, entendiendo à sus oyentes en la devoción de la Madre de las misericordias, y de el Seráfico Patriarca.

En Viterbo, vna muger en estremo peligro de la vida, por la dificultad, y dolores de el parto, implorò el auxilio del Sãto, haziendo promessas de esmerarse en sus obsequios. Repentinamente se templaron los dolores, y salió con feliz fortuna de su conflicto. Olvidò

empero, cò el beneficio sus promessas, y en el dia de la fiesta de su valedor, se puso codicioso, y poco reverente à hazer labor, y se le quedó yerto el brago derecho. Aflijida con el repentino fracaso, porfiaba con el izquierdo à corregir, si pudiesse el otro, que tenia validado, y ambos se le quedaron secos, y sin movimiento. Reconociò ser su mal castigo de su ingratitud, y bañada en lagrimas de dolor, pidió perdon al Santo de su torpe olvido, repitiò fervorosa, y escarmentada sus promessas, y el Santo lastimado, le restituyó el uso libre de sus brazos. Otros muchos milagros de este genero omito, por escusar molestia.

CAPITULO XLIV.

Otros milagros de varios generos.

EN los peligros de la mar, que son de los mas fatales, se han experimentado en todos tiempos milagrosos socorros de la piedad de nuestro Santo; dirè vno, ò otro de los mas particulares. Como dos años despues de su Canonizacion, quando estaba mas viva la fama de sus milagros, dieron las velas al viento en el Puerto de Barili vnos navegantes. A pocas millas se torció el temporal con borrasca tan furiosa, que se vieron obligados à echas las anclas; pero los golpes del mar fueron tan recios, que rotos los cables, ò maromas, se quedaron en el agua sumergidos, y el vaso à mucha industria, y trabajo de los marineros, bolvió à tierra. Calmò la tempestad, y bolvieron à zarpar en busca de las anclas, cuyas maromas rotas nadaban en la superficie de las aguas; pero no bastaron diligencias para sacarlas fuera, y repetian votos, y promessas à varios Santos, que llamaban en su ayuda, y siempre sin efecto. Vno de los pasajeros dixo como de burlas: los

Santos antiguos ya no han menester hazer milagros para credito de su santidad. Encomendemos este negocio à este San Francisco, que es moderno, y no desdenará por humilde ser nuestro buzo. Oyeron los demás muy de veras lo que este pasajero dixo por donayre, aunque bien indecente, y con mucha fe, y devoción, hizieron al Santo sus votos con tan pronto, y feliz efecto, que de improviso salieron las anclas à la superficie nadando, como si fueran leves plumas.

Otro navegante, à quien el continuo mareo avia ocasionado vnas ardiertes calenturas, percia de sed, y sin remedio, porque se avia acabado para todos el agua dulce. Era devotissimo del glorioso S. Francisco, y viendose en extrema necesidad, implorò su socorro, y de repente empezó à gritar, diziendo à los que le asistían: traed me agua, que ya S. Francisco lastimado de mis males me ha llenado mi pipa. Pensaron los oyentes, que delirabas; pero viendo sus instancias, y lo poco que se iba à perder en la experiencia, registraron la pipa, y la hallaron llena de agua dulce, con que pudieron socorrer al enfermo, y tomar todos su refresco. De allí à poco tiempo se embravecieron los mares, y à juýzio de los marineros estuvieron en proximo peligro de irse à pique. Este hombre persuadiò à que se invocasse el auxilio de San Francisco en tan desecha borrasca, y à poco rato empezó à dezir: Albricias, que ya nuestro Abogado està con nosotros; salgamos todos à recibirle, y darle gracias de nuestra libertad, y de hecho, puesto de rodillas, y postrado el rostro con las tablas, adorò à su Libertador. No le vieron los pasajeros, pero sintierò el efecto maravilloso de su presencia, en la repentina serenidad de las turbadas olas, y en la perfecta, y subita salud, en que quedó este hombre, que estava enfer-